

Virtuales

SARVENAZ
TASH

FANDOM BOOKS

VIRTUALES

Título original: *Virtually Yours*

1.ª edición: octubre de 2019

© Del texto: Sarvenaz Tash, 2019

Publicado por acuerdo con Simon & Schuster Books For Young Readers,
sello editorial de Simon & Schuster Children's Publishing Division.

Todos los derechos reservados.

© De la cubierta: Helen Crawford-White, 2019

© De la traducción: Paz Pruneda Gozávez, 2019

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S.A.), 2019

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.fandombooks.es

Asesora editorial: Karol Conti García

ISBN: 978-84-18027-03-1

Depósito legal: M-25186-2019

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Virtuales

SARVENAZ
TASH

Traducción de Paz Pruneda Gozávez

FANDOM BOOKS

*Para Jonah,
el que me está destinado*



CAPÍTULO 1



SU SELFI ME EMPUJÓ A HACERLO.

Sí, me habían dado un cupón con el cuarenta por ciento de descuento en la semana de orientación al inicio del curso. Sí, estaba a punto de caducar. Sí, justo el día antes, mi compañera de habitación, Hedy, había hecho un comentario casual sobre el poco interés que mostraba por salir de nuestra habitación. Y sí, si hubiera querido habría podido utilizar cualquiera de esas excusas para justificar por qué me hallaba sentada en la sala de espera de FPSRV, dispuesta a poner mi vida amorosa en manos de unos dioses virtuales.

Pero si lo hiciera, estaría mintiendo.

Precisamente esa mañana, Caleb había publicado una foto suya de medio cuerpo en la que aparecía muy sonriente con algunos de sus compañeros de universidad (la clase de instantánea «casual» que probablemente necesitó al menos quince tomas hasta ser obtenida), donde mostraba un aspecto tan desenfadado que había hecho que el alma se me cayera a los pies. Además, había un par de chicas en la foto. No sabía si alguna de ellas significaba algo para él, pero eso era lo de menos. Mi exnovio, el amor de mi vida, el que me rompió el corazón, estaba teniendo la vida universitaria que yo debería

estar viviendo, y encima con pinta de estar pasándose fenomenal.

Ver esa publicación me había puesto... furiosa, sobre todo conmigo misma. ¿Por qué había estado enclaustrada en mi dormitorio, representando durante meses la viva imagen de la desolación por una ruptura, sin hablar prácticamente con nadie, aparte de mi compañera de cuarto? Y, más aún, ¿por qué lo había hecho cuando Caleb se lo estaba pasando bomba?

Mis ojos se habían paseado a través de una pila de papeles que ocupaba un rincón de mi mesa. Encima de estos, destacaba el cupón de FPSRV que había estado acumulando polvo durante dos meses. En pocos segundos me encontré navegando por su página y rellenando el cuestionario de inscripción (obligándome, una vez más, a contemplar el selfi de Caleb mientras, obedientemente, vinculaba mis perfiles en las redes sociales tal y como se me pedía). Después me acerqué hasta la sede de FPSRV. No tenía cita, así que tuve que sentarme en una sala de espera amarilla y fucsia, mientras miraba el «felices para siempre garantizado» de su marca comercial que figuraba por todas partes, y trataba de no pensar en el momento de debilidad que me hizo reconsiderar la idea. Porque una parte de mí no quería que Caleb fuera nunca más el responsable de mis decisiones. Aunque también sentía que el amor dolía demasiado para que mereciera ni siquiera la pena intentarlo de nuevo. Y, por supuesto, quién podía ignorar esa otra fracción que creía en una cita ideal y deseaba que esta fuera real, y no orquestada por una máquina.

Sin embargo, una abrumadora y gigantesca parte de mí no dejaba de pensar: ¿por qué no? Sin duda, era fácil burlarse de una aplicación de citas de nombre impronunciable y reírse de todas esas escenas cómicas de los programas nocturnos de entrevistas en vivo que se mofaban de la idea de un amor

de realidad virtual. Aunque, por otra parte, si seguía escondiéndome en mi habitación, nunca podría conocer a nadie. ¿Por qué no darle a una máquina la oportunidad de encontrar a mi FPS (mi felices para siempre)? Supuestamente, la habilidad de FPSRV para encontrar parejas era insuperable y, por una cantidad extra, incluso te arrojaban en brazos de tu cita ideal. Estaba echando la casa por la ventana.

—¿Mariam Vakilian?

Sonreí animadamente a la mujer con bata de laboratorio mientras me levantaba y la seguía por un pasillo. Hubiera sido absurdo no mostrarse superamistosa con alguien que potencialmente sostenía en la palma de su mano todo mi futuro romántico.

Me condujo hasta una pequeña habitación pintada en un alegre tono amarillo.

Una silla de cuero negro de dentista estaba instalada en el centro, al lado de una bandeja que contenía una especie de híbrido entre casco y gafas, dos lustrosos guantes oscuros y un fino chaleco negro.

—Tome asiento, señorita Vakilian. Me llamo Joan; yo seré su guía o, como nos gusta decir en FPSRV, su cupido del siglo XXI. —Pronunció esta última frase con una sonrisa tensa, lo que me hizo imaginarla teniendo una larga conversación con su jefa sobre lo estúpido que le parecía ese sobrenombre como marca registrada. Joan no tenía pinta de ser de esas que sopor-tan tonterías o eslóganes estúpidos—. Permítame que confirme los datos de su solicitud.

Bajó la vista a su tableta y empezó a leer, lo que me dio la oportunidad de observar a mi «cupido», quien, en lugar de pañal, llevaba un elegante traje de chaqueta azul marino bajo su bata de laboratorio amarillo pálido, con las letras FPSRV y su nombre bordados en color fucsia oscuro en la solapa. Lucía

un tono de pintalabios que conjuntaba a la perfección con el fucsia y, dado que su piel tenía un tono oliváceo similar al mío, me encontré preguntándome qué tal me sentaría ese color. Sin embargo, el pelo de Joan estaba recogido en una especie de coleta alta de aspecto profesional que a mí siempre se me había resistido (no importaba lo que hiciese, mis colas de caballo parecían escapar de su confinamiento en desordenados mechones que me daban un aspecto de «recién salida del gimnasio»), lo que no era de mucha ayuda cuando me presentaba a una entrevista para mi primer empleo como estudiante o, digamos, intentaba ponerme mona para el caso de que accidentalmente me cruzara con Caleb estando en mi ciudad natal.

Uf. ¿Por qué todos los caminos me llevaban siempre de vuelta a él?

—Está bien, vamos a recapitular. —Joan levantó la vista de su tableta con una brillante sonrisa—. Buscas un joven de entre dieciocho y veintitrés años —empezó a enumerar, pasando a tutearme—, estás abierta a cualquier etnia, raza o credo. Y respecto a la ubicación... No has rellenado este apartado. ¿Quieres que sea estrictamente local?

Vacilé. Lógicamente debía decir que sí. Pero, por otro lado, ¿acaso lo maravilloso de vivir hoy en día y a mi edad, con este servicio a mi disposición, no me daba derecho a decir que no? ¿A poder tener una cita con alguien en cualquier lugar del mundo (o, bueno, en los diecisiete países en los que actualmente existía el servicio FPSRV)? ¿Por qué no aprovecharme de ello? Y, además, si finalmente encontraba un alma gemela a larga distancia, le daría en las narices a Caleb.

—No —contesté—. Estoy abierta a cualquier parte.

—Eso está bien —repuso Joan con una ensayada pero siempre tranquilizadora sonrisa—. Creo que, por ahora, tenemos toda la información que necesitamos. El resto se comple-

tará con esto. —Señaló la bandeja—. Así que pongámonos a ello. —Abrió el chaleco invitándome a deslizar los brazos por él. Era muy ligero para algo que sin duda contenía un montón de tecnología entre sus costuras. Joan se acercó para cerrar el velcro de la parte delantera—. Genial. Ahora siéntate hacia atrás y coloca los pies para arriba.

Me recosté en la silla de dentista, la cual, a pesar de su comodidad, me hizo sentir como si fueran a sacarme una muela.

—No te dolerá, lo prometo —aseguró Joan, casi como si pudiera leer mis pensamientos—. Tienes que ponerte esto. —Me tendió los guantes tan pronto como me instalé.

Los deslicé en mis manos. Estaban hechos de algún tipo de fibra sintética brillante y me pareció que eran un poco más pesados que unos guantes normales, pero tal vez fuera porque sabía que eran táctiles y estaban diseñados para registrar mis movimientos.

—Está bien, dentro de un momento, tendrás que colocarte esto en la cabeza. —Tomó las casco-gafas—. Antes de que lo hagas, tienes la posibilidad de escoger una localización para tu cuestionario inicial. Algunas de nuestras elecciones más populares son islas tropicales, el espacio exterior, un café parisino o, gracias a nuestra nueva asociación con el Legado Tolkien, la Tierra Media. ¿Alguno de estos lugares te atrae?

—Mmm. ¿Qué tal una isla tropical?

Llena de nervios, me decidí por la primera opción que había mencionado y que sonaba muy seductora.

—Perfecto —dijo Joan—. Una vez que te las hayas colocado, no vas a poder verme ni oírme. Pero si necesitas cualquier cosa mientras estás en tu isla, basta con que presiones el dedo índice izquierdo y el pulgar juntos y yo podré intervenir para guiarte. De lo contrario, usa el dedo índice para escoger tus opciones. Todo lo demás debería entenderse fácilmente.

Te haremos diez preguntas para seleccionar a tus candidatos, ¿de acuerdo?

Asentí.

—Allá vamos. —Joan me tendió las casco-gafas y yo las deslicé sobre mi cabeza. Durante un segundo me vi inmersa en un mundo oscuro y silencioso, hasta que Joan debió de dar a algún botón o algo porque, de pronto, había mares de cristal delante de mí, una playa de arena a mis pies y un sol naciente por encima. El sonido del agua en movimiento y de las gavio-tas sobrevolando llenó mis oídos, e incluso pude sentir el calor del día rodeándome.

El agua centelleaba cuando una alegre voz femenina me llegó a través de los auriculares del casco.

—Hola, Mariam, y bienvenida al principio de tu FPS. Por favor, contesta las siguientes diez preguntas lo más sincera y rápidamente que puedas. Lo mejor es seguir tu instinto.

Respiré hondo, un tanto temblorosa. Un movimiento que aparentemente debió de sentir la máquina.

—¡No estés nerviosa! Piensa en mí como en una amiga. Puedes llamarme Agatha. Y las preguntas serán muy sencillas, lo prometo.

¿Agatha? Ese nombre no parecía corresponder al alegre tono de voz, lo que supuse que era intencionado, para tratar de parecerse a una amiga interpretando el papel de celestina. Agatha sonaba más bien a una abuelita que te enreda en una cita desastrosa con el nieto secretamente racista de su compañera de *bridge*. Tal vez el sistema operativo necesitara modernizar su archivo de nombres por otros como Juniper o Brooklyn.

—¿Lista? ¡Vamos a empezar!

Unas brillantes letras azules aparecieron frente a mí en el aire; transcribían la pregunta que Agatha decía en voz alta.

¿Cuál de estos escenarios es más romántico?

- A. Un bonito claro del bosque bajo una noche estrellada
- B. Una cena íntima con velas en un restaurante
- C. Una ciudad centenaria con calles adoquinadas
- D. Un cómodo sofá y unos calcetines de tejido suave

Titubeé durante un segundo antes de recordar las instrucciones de la máquina (o más bien de Agatha). Tirar de mi instinto.

Alcé la mano delante de mí y elegí la opción C.

—Perfecto. Segunda pregunta:

Estás en una isla desierta con una pequeña mochila. ¿Cuál de estos objetos es más probable que encuentres en su interior?

- A. Barra de labios
- B. Un libro
- C. Un cuchillo
- D. Toallitas higiénicas

La respuesta apropiada sería la D, pero me preocupaba ser clasificada como una auténtica friki. Tenía un ligero problema con los gérmenes, es cierto, pero no tanto como para rechazar a un potencial novio por no vigilar más la cuestión antiséptica.

—¿Qué te dije antes, Mariam? —La voz de Agatha contuvo una risa mientras me reprendía suavemente—. Tu primer instinto, ¿recuerdas?

Mi dedo se sacudió ligeramente mientras elegía a regañadientes la opción D. Súbitamente tuve la extraña sensación de que Agatha no solo sabía cuándo estaba nerviosa (supuse que a consecuencia de tener mi pulso monitorizado a través del chaleco), sino que también era capaz de predecir qué respuesta

iba a elegir. Pero eso era imposible, ¿no? Agatha no podía leer mis pensamientos.

¿O sí?

Por Dios. Me di cuenta de que estaba empezando a pensar en Agatha como si fuese una «mujer».

—Continuemos con una pregunta más fácil, Mariam. Para que te relajes. Recuerda que no hay respuesta incorrecta. Y, al final, tendrás tres candidatos iniciales entre los que elegir. Si ninguno de ellos te satisface, dispondrás de una repetición gratis. ¡Forma parte de la garantía FPSRV!

Casi podía imaginar la sonrisa de anuncio de dentífrico tras la voz de Agatha.

Si pudieras pintar tu habitación de alguno de estos colores y solo tuvieras cinco segundos para escoger, ¿cuál de ellos preferirías?

Cuatro muestras aparecieron delante de mí y, sobre ellas, un cronómetro con la cuenta atrás bajando desde el cinco.

El primero era un malva suave; el segundo, un azul cielo; el tercero, un verde oliva; y el cuarto, un gris intermedio.

Apenas me dio tiempo a pensar que se trataba de colores suaves, los únicos que yo elegiría para pintar una habitación. Por mi mente cruzó rápidamente la idea de que, de hecho, había vivido en una habitación pintada con cada uno de esos colores en algún momento de mi vida. Cada vez que nos mudábamos, mis padres me permitían el pequeño lujo de pintar mi nuevo cuarto del color que yo quisiera. Supongo que era su forma de darme un módico control sobre mi vida, aunque fuera superficial. Sin embargo, habían sido los últimos tres años de instituto, los tres años con Caleb, los únicos en los que me quedé tanto tiempo seguido en una habitación. La habitación malva.

La cuenta atrás estaba en uno cuando elegí la primera opción, el color que había contemplado cuando perdí mi corazón y, eventualmente, mi virginidad, con el chico que ni siquiera tuvo la decencia de devolvérmelo. El corazón, claro está, no la virginidad. Esta última no admite devoluciones.

—Genial. Creo que vamos a dejar el cronómetro en marcha. Pero eso no significa que no puedas sentirte relajada cuando elijas tus respuestas. ¿De acuerdo?

Mmm, claro. Para ti es fácil decirlo, Agatha. ¿Qué es un reloj para alguien que está compuesto por unos y ceros?

—Siguiendo pregunta.

¿Cuánta corteza podría cortar un castor si un castor pudiera cortar corteza? ¿Al día?

Espera, ¿cómo? ¿Qué tiene esto que ver con...?

- A. Cinco toneladas
- B. Tres árboles
- C. Diecisiete ramas
- D. Más de lo que puede almacenar una ardilla

Mmm.

Leo la pregunta de nuevo, pero el cronómetro está por debajo de dos para cuando termino. Instintivamente vuelvo a los test de opción múltiple de mis años de estudiante: ante la duda, escoger la C.

—Las siguientes preguntas te van a parecer menos directas. Recuerda no pensar demasiado en ellas y, lo más importante, no considerar hasta qué punto pueden afectar o no al resultado de hoy. Confía en nuestros métodos, Mariam. Funcionan. ¿De acuerdo?

Había supuesto que la pregunta era retórica, así que me sorprendió mucho cuando Agatha dijo:

—Solo asiente si te sientes cómoda con ello.

¿Asentir? Así que debe de haber algunos sensores también en el casco... ¿Sensores que pueden leer mi mente?

Asentí instintivamente, incluso si el resto de mi cuerpo empezaba a estar claramente incómodo con esa situación. Lo que, por supuesto, me hizo sentir peor, dado que inmediatamente había traído a mi memoria una de las pocas peleas que Caleb y yo tuvimos. Aquella en la que me llamó «borrego que sigue ciegamente las instrucciones».

En todo caso, o bien Agatha (es decir, la máquina; era mejor si pensaba en ella como una MÁQUINA) sabía que estaba a punto de abandonar, o estaba programada para hacer que las siguientes seis preguntas fueran lo más trepidantes posible.

La voz de Agatha se volvió brusca y profesional y, aunque el cronómetro siguió corriendo desde el cinco, no pude evitar pensar que bajaba más rápido con cada nueva pregunta.

¿Cuál es la mejor creación del hombre?

- A. El fuego
- B. La rueda
- C. Internet
- D. Aún no se ha inventado

Tal vez fuera la influencia de mis padres ecologistas, pero esta vez no me resultó difícil contestar. Elegí la A.

¿Qué nombre de personajes de Shakespeare le darías a una rata topo lampiña si alguna vez tuvieras la oportunidad de bautizar a una?

Como referencia, Aga... o, mejor dicho, la máquina mostraba la imagen de una rata topo lampiña, lo que desafortunadamente para mi arrugado profesor de Literatura de sexto de Primaria me recordó a mi arrugado profesor de Literatura de sexto de Primaria.

- A. Viola
- B. Banquo
- C. Próspero
- D. Cordelia

Elegí la opción B solo porque recordé que Banquo era el fantasma de alguien asesinado y había algo decrepito en la criatura que tenía delante.

- ¿Cuál de los siguientes pronombres es el más musical?
- A. Ella
 - B. Nosotros
 - C. Quien
 - D. Varios

Un momento, ¿«varios» era un pronombre? ¿Era esta una pregunta trampa? El cronómetro empezó a emitir un sonido de tictac que estaba segura de no haber oído antes. Elegí la opción A antes de que el cero se iluminara en la pantalla y de que Tom Cruise trazara un arco desde el cielo, rodeado por una feroz explosión.

La siguiente vez que escuché la voz de Agatha sonaba más parecida a la de un comandante del ejército que a la de una confidente chismosa. De repente, esa experiencia de emparejamiento empezó a parecerse más a un tiroteo en primera persona que a una aplicación de citas.

Si fueras espía, ¿para qué país te gustaría trabajar?

Un momento, ¿cómo? ¿Acaso era este algún tipo de test patriótico? ¿Estaba el Gobierno escuchando todo esto?

- A. EE. UU.
- B. Irán
- C. Rusia
- D. Inglaterra

Normalmente esos temas no me inquietaban demasiado (como tampoco solía fantasear con vivir al margen del sistema ni nada de eso), claro que nunca me habían preguntado a qué país era fiel. Elegí la A, sintiendo, en cierto modo, como si estuviera traicionando a mis padres y mi herencia al no elegir la B. Pero no quería meterme en líos y estaba segura de que esa era la respuesta que Agatha quería oír. (Pero, bueno, qué importa. Necesitaba aceptar que estaba pensando en la máquina como en una persona. Has ganado, Agatha).

¿Qué tipo de cielo es tu favorito?

La voz de Agatha era de nuevo amable y soñadora mientras me leía las opciones.

- A. Estrellado e infinito
- B. Azul con esponjosas nubes blancas
- C. Estriado con una puesta de sol naranja y rosa
- D. Cargado de nubes grises de tormenta

Eso parecía más apropiado en términos de preguntas de emparejamiento.

Siempre me había gustado la lluvia y aún más la anticipación de la lluvia. Cuando estaba en Bachillerato, mi hermana mayor, Mina, solía poner los ojos en blanco y llamarme falsa gótica. Pero los truenos y la lluvia nunca me habían parecido oscuros. Los veía como una oportunidad de renovación, como si te permitieran hacer borrón y cuenta nueva, preparándote para algo desconocido, algo diferente. Toda mi vida me había sentido como si esperara la llegada de una buena tormenta que trajera consigo el comienzo de mi vida real y en la que mis inseguridades serían barridas y reemplazadas (sin importar cuáles fueran) por una confianza absoluta en quién era yo realmente y lo que de verdad quería. (Obviamente esta tormenta me daría también un propósito verdadero, ¿no? Pues, de lo contrario, ¿qué bien metafórico harían las tormentas?).

Casualmente, Caleb también adoraba las tormentas. En una de nuestras citas más románticas nos vimos atrapados por una, pero, en lugar de correr para refugiarnos en su coche, él me abrazó y me besó durante lo que parecieron tres magníficas y mojadas horas.

—¡Última pregunta! Lo estás haciendo muy bien, Mariam.

La voz de Agatha era ahora la de una entusiasta entrenadora de la vida.

Si la vida fuese un boletín de notas, y tuvieses que escoger solo una de estas materias, ¿cuál sería?

- A. Amor romántico
- B. Carrera
- C. Familia
- D. Paz interior

Me quedé paralizada. ¿Cómo elegir entre una de ellas? Las quería todas. ¿Acaso no las queremos todos?

—No te preocupes, Mariam. Eso no quiere decir que no te gusten las demás.

Agatha se rio.

—Piensa en ello como si una fuera un sobresaliente y el resto un menos ostentoso notable alto.

Está bien, vale.

La cuenta atrás del cronómetro había empezado de nuevo, y leí las cuatro respuestas otra vez. Finalmente escogí aquella que englobaba en primer lugar lo que estaba haciendo aquí, a pesar de no estar segura de que fuera la correcta.

Tan pronto como mi dedo tocó la opción A, las brillantes letras azules explotaron en confeti en un cielo sin nubes.

—¡Felicidades! Has completado nuestro cuestionario de emparejamiento. Dame solo unos minutos y te mostraré a los tres mejores candidatos.

Dejé escapar un gran suspiro. Aquello había sido más estresante de lo que había imaginado. Ahora mismo no me vendría nada mal tomarme un gran café con hielo en esta playa de mentira.

Una parte de mí casi esperaba que Agatha interviniera tras escuchar ese pensamiento y que incluso sacara de la nada un vaso y lo colocara ante mí, pero el escenario se mantuvo igual, sin nada más que los graznidos de los pájaros en el aire.

Mientras esperaba, me pregunté si la lámpara calefactora que utilizaban en la habitación para emular el calor de la playa también podría ponerme morena.

A continuación, empecé a considerar si habrían modelado esta playa tomando como ejemplo una playa real o si algún diseñador gráfico la había dibujado partiendo tan solo de su imaginación.

Entonces pensé que resultaba un tanto incongruente poder escuchar lo que sonaba como cincuenta bandadas de gaviotas y no ver ninguna.

Y, finalmente, me pregunté dónde demonios se había medido Agatha, porque tenía la impresión de que habían pasado más de un par de minutos. Tal vez yo no era la única que necesitaba un cronómetro.

—¡Hola, de nuevo! Ya estoy de vuelta con tus candidatos perfectos.

Vale, estupendo. Ve al grano, Aggie.

—Me complace anunciar que cada una de las tres opciones encaja en más de un noventa por ciento contigo. ¡Pero con tu candidato perfecto en un noventa y ocho por ciento! Algo que no es muy frecuente. Aproximadamente solo un cuatro por ciento de nuestros aspirantes consigue una puntuación tan alta.

Esos eran un montón de porcentajes en juego. No pude evitar sentir que Agatha se estaba tomando demasiado tiempo. Probablemente vivía para este momento de revelación.

«Excepto porque no vive en absoluto, Mariam. Una vez más, te repito que es una MÁQUINA».

Realmente necesitaba obtener mis resultados y salir de esa maldita playa de mentira. Todo aquello me estaba empezando a afectar.

—Aquí está. Tu candidato ideal: Jeremy D.

Una cara sonriente apareció frente a mí con dos pequeños rostros flanqueándole a ambos lados. Jeremy tenía ojos marrones, pelo negro y unos pómulos increíbles. Definitivamente era mono.

Pero no llegué a examinarle con detenimiento. Porque algo familiar llamó la atención de mi visión periférica, haciendo que instintivamente girase la cabeza.


Mi tercera opción, con un noventa y un por ciento de compatibilidad, como anunciaban las brillantes letras azules bajo su radiante sonrisa, era Caleb.



¿HASTA QUÉ PUNTO PUEDEN SER MALAS LAS PEQUEÑAS MENTIRAS VIRTUALES?

Mariam Vakilian, estudiante de primer año de la Universidad de Nueva York, no ha tenido una cita en cinco meses, no desde que Caleb, su amor del instituto, rompió con ella.

Así que cuando decide aprovechar un vale a punto de expirar y probar un nuevo servicio de citas de realidad virtual, da un paso importante. Pero el amor es complejo, su corazón le dictará una cosa y la aplicación, otra distinta. ¿En cuál debería confiar?



«Un libro con corazón y humor, con personajes que te gustaría conocer en la vida real». **Elizabeth Eulberg**, autora de *El Club de los Corazones Solitarios*.



FANDOM BOOKS

www.fandombooks.es